

# El Trabajo Social a través de cuentos

Israel Hergon  
Trabajador Social

Trabajador social por la Universidad Complutense de Madrid, y Narrador Oral. Apasionado de los proyectos grupales y comunitarios, sobre todo en los que poder unir la narración oral y las artes escénicas con la intervención social. Esta unión le ha llevado a especializarse en Teatro Social (realizando formación e investigaciones para publicaciones) y a emprender una carrera como formador, impartiendo talleres en los que se trabaja esta sinergia de disciplinas (específicamente de Teatro Social y Habilidades para hablar en público).

Soy trabajador social. También soy cuentero (o cuentacuentos, o narrador oral). La primera profesión, la considero mi pasión, mi amante, la que me motiva a levantarme día tras día. La segunda, mi acompañante (o, en ocasiones, llega a ser protagonista). Este hecho me ha hecho que busque unir ambas disciplinas profesionales, que busque si el Trabajo Social y los cuentos tienen puntos en común.

Bien es cierto que los cuentos tienen un aprendizaje, un mensaje. No me refiero solamente a los que tienen moraleja. Cualquier cuento lleva implícito esto porque, cómo bien escuché decir a Gustavo Martín Garzo (en su conferencia de las IV Jornadas del Día de la Narración Oral, organizadas por Asociación MANO): *“en los cuentos siempre hay un viaje que cambia a los personajes por la sabiduría aprendida en la aventura”*. Ahora bien, también es cierto que el contar cuentos es un arte, un oficio, que lleva años, siglos, llevándose a cabo sin el más pretexto que contar (y no educar). Un espacio donde el cuento, la historia que se cuenta, es lo importante, por encima del mensaje y del propio narrador.

Teniendo en cuenta esto, podemos utilizar el cuento como una herramienta para nuestra intervención. En este caso, lo importante no es el cuento en sí mismo, sino lo que queremos transmitir o trabajar con él. Considero que esto se puede llevar a cabo, siempre y cuando tanto narrador como receptor tengan claro que estamos haciendo este uso.

Desde esta idea, de herramienta, es la que parto para este artículo. Concretamente la posibilidad de utilizar el cuento para dar a conocer nuestra profesión, nuestras reflexiones, nuestras inquietudes. Existen multitud de historias que pueden resumir y explicar perfectamente estos aspectos. El potencial de llegar más y mejor a quién escucha o lee es altísimo, porque está en la naturaleza humana el interés por las historias fantásticas, mágicas, ficticias...

Para empezar, quisiera reflexionar sobre aspectos asociados al Trabajo Social, como la igualdad, el empoderamiento, lo positivo de las diferencias, la huella que dejan algunas personas... Pero, por supuesto, lo haré a través de un cuento. Concretamente con la siguiente historia de Ismael Serrano (basada en una canción de Silvio Rodríguez), que considero reflexiona por sí sola de todo esto:

*La historia trataba de un hombre que al parecer era extraño. Este hombre era extraño porque iba por la calle, y lo besaba todo. Iba por la calle y besaba las aceras, los semáforos, las farolas... Besaba las paredes de las casas, los escaparates, el buzón cuando recibía una carta... Las llaves de su casa, la mesita del salón, el sofá... Por supuesto, también besaba a las personas. A la vecina, cuando se la encontraba en el rellano; a la panadera, cuando compraba una barra de pan; al taxista cada vez que cogía uno... Incluso, ¡besaba a los policías!*

*Claro, no podía ser un hombre que fuera besando a todas las cosas y a todo el mundo por la calle. Por este motivo, le consideraron extraño y, además, peligroso. Por eso, las autoridades decidieron que había que encarcelarlo.*

*Entró en la cárcel y aquel hombre no desistía. Besaba los barrotes, las paredes de barro, la cama donde dormía. Besaba la almohada antes de acostarse, la ración de comida que le*



Ilustración realizada por Fer Jiménez.

*daban todos los días... E, incluso, besaba a su carcelero todas las mañanas. Las autoridades al ver que aquel hombre no recapacitaba, que no cambiaba su conducta, decidieron que había que ponerle fin y ejecutarle. Porque aquel hombre, por ser así, era extraño y peligroso.*

*Y llego el día de su ejecución. Y aquel hombre, besó a su ejecutor, besó la pistola y besó las balas con las que le mataron. Le enterraron en una montaña, en lo más alto, para que nadie pudiese llegar hasta allí y recordarle. Pero lo que muy poca gente sabe, solo lo más osados que han escalado hasta la cima, e incluso los pájaros que sobrevuelan el lugar, descubrieron que al mundo le habían nacido labios. Porque aquel hombre nació, vivió y murió besando.*

Ahora paso a hablar más de mi experiencia. Concretamente de mi trabajo con personas con discapacidad. De hecho, si yo estudié Trabajo Social fue porque empecé, allá por 2005, como voluntario en una asociación personas con Trastorno del Espectro Autista. Después de aquello, he estado en muchos más proyectos con este colectivo. Y puedo decir que me han enseñado mucho. Sobre todo algo para mí muy importante: el hecho de hacer las cosas de maneras diferentes pero igualmente válidas. Algo de lo que habla la siguiente historia de Álvaro García Hernández, titulada “El hombre que hacia mal el amor”:

*Silbar como quien desinfla besos. Escupir a la luna. Maldecir como una mujer pariendo. Todo eso hizo Mario el día que le entregaban su carta de despido y le dijeron que hacia mal el amor.*

*- ¿Quiere usted apostar aquí mismo a que no?*

*Tal convicción vio el director de recursos humanos en sus palabras, en sus ojos y en aquel golpe que dio sobre la mesa que, apretando el culo en su silla, sólo se atrevió a decir un simple:*

.....

**“Hay otro aspecto con el que me quedo de mi experiencia trabajando con discapacidad. Algo que, tras muchos años, no se me borra de mi mente: la sonrisa. Estoy bastante seguro que cualquier profesional con una larga trayectoria, las imágenes que mejor recuerda de las personas con las que ha trabajado es cuando estas sonreían.”**

.....

- No, gracias.

*Nunca, jamás, en la vida, le habían dicho a Mario lo contrario a maravilloso tras hacer el amor, nunca. Ni en sus peores pesadillas. Ni siquiera aquel imbécil del trabajo que todas las mañanas, le recordaba que había llegado tarde. Ni de pequeño en el colegio. Al contrario. Si las niñas, cuando llegaban a casa y mientras merendaban magdalenas y chocolate, les contaban a sus madres lo bien que el niño Mario les había hecho el amor. Y que incluso a la señorita se le había escapado alguna lágrima.*

*¿Por qué, entonces, se lo decían ahora?*

*Si tampoco, hasta las catorce telefonistas que le atendieron para darse de baja de la línea telefónica, con lo que cuesta eso, le acabaron felicitando por lo bien que les había hecho el amor... por teléfono.*

*O cuando Mario dio una conferencia ante más de 500 personas en un teatro, hasta el apuntador salió al escenario y con lágrimas en los ojos, dijo que jamás nunca nadie había hecho el amor como él en ese teatro.*

*Pero si incluso, cuando era pequeño, su abuela lo llevaba al pueblo y le vestía de marinerito para que les hiciera el amor al resto de abuelitas de pueblo. ¡Y todas acaban encantadas con él que se lo querían comer!*

*¿Porque cojones entonces se lo decían ahora?*

*Cuando Mario llegó a casa, Elena, su mujer, le notó algo raro, preocupado, y le preguntó:*

*- ¿Qué te ha pasado, mi vida?*

*Mario, se sentó junto a la mesa camilla, hundió su cabeza entre las manos y le contó lo ocurrido.*

*Ella, entonces, se acercó a él, le miró y dijo:*

*- Pero, ¿cómo va a ser eso verdad, mi vida? A ver, házmelo a mí ahora para que te diga.*

*Y entonces Mario se levantó y comenzó:*

*- Te amo, te amo tanto como el tiempo que se tarda en contar hasta infinito. Tanto que disfruto viéndote crecer las*

*alas y disfruto viéndote volar. Te amo tanto que todas las noches le pido a la luna que ilumine nuestra pasión. Tanto que una inocente mirada o una sutil caricia sirven para decirte te amo.*

*Acto seguido, ella le besó y dijo:*

*- Cariño, no hagas caso de nadie, porque sigues haciendo maravillosamente el amor.*

Hay otro aspecto con el que me quedo de mi experiencia trabajando con discapacidad. Algo que, tras muchos años, no se me borra de mi mente: la sonrisa. Creo que es algo que no es único del trabajo con este colectivo, sino de nuestra profesión. Estoy bastante seguro que cualquier profesional con una larga trayectoria, las imágenes que mejor recuerda de las personas con las que ha trabajado es cuando estas sonreían. La sonrisa tiene mucho potencial en nuestra labor social porque, como dice el proverbio escocés: *“la sonrisa cuesta menos que la electricidad y da más luz”*. Pero, he de confesar que a todas estas reflexiones llegué tras leer la siguiente historia de Rafael R. Valcárcel:

*El 26 de agosto de 1990, en la segunda página del ‘The New York Times’, aparecía publicada una fotografía de un atentado ocurrido durante la invasión de Irak a Kuwait. Lo curioso de aquella foto era que, entre los cadáveres se podía ver a una niña que parecía como si hiciera unos instantes acabase de sonreír.*

*Albert O’Remor, el autor de dicha foto, no era corresponsal de guerra, pero a su representante no le costó vender los derechos porque O’Remor gozaba de cierto prestigio en el ámbito artístico neoyorquino. Bueno, prestigio no era el término más adecuado porque no se hablaba tanto de la calidad de su trabajo, como de su obsesión. Los comentarios y opiniones iban de lo dramático a lo sublime, pasando incluso por la burla. Pero, lo que casi todos estaban de acuerdo era que lo que O’Remor tenía era algún tipo de enfermedad degenerativa, sino no se explicaban lo ocurrido.*

*Poniendo en precedentes, Albert O’Remor, nació en Baltimore, EE.UU., en 1958. Con 4 años, comenzó a manifestar una especial atracción por las sonrisas ajenas y, poco a poco, adquirió un deseo incontrolable por coleccionarlas. Cuando cumplió 8 años, le regalaron su cámara de fotos y aquel mismo día agotó el carrete fotografiando a los invitados a la fiesta. Decir que tardó una semana en revelar los negativos, cuando consiguió los ahorros suficientes para ello.*

*Después de un tiempo, decidió que quería intentar conseguir sonrisas espontáneas. Para ello le valía cualquier lugar o situación: de debajo de una cama, del asiento de atrás del coche, de entre los arbustos, de dentro del armario... Durante este tiempo solo retrataba a familiares y amigos pero ocurrió que se cuestionó. Entonces, comenzó a fotografiar a desconocidos. Dentro de este periodo, destaca una serie de fotografías que mostraban las variaciones de las sonrisas de una hippie según el tipo de droga que había consumido.*

*Pero, de pronto, un día, decidió que se iba dedicar a clasificar y colocar las más de 16.000 fotografías que había realizado. Según las clasificaba, se dio cuenta que una sonrisa al despertar no era igual que al acostarse, que la de su hermano*

era distinta cuando veía a su madre que a su padre, que la de su abuelo variaba según el día y no según la edad, que la sonrisa no era más bella por el rostro sino por la sinceridad con la que es mostrada. Y, lo más importante, que todos tenemos la capacidad de sonreír. Entonces tuvo la sensación de que su colección no estaba completa, que le faltaba algo especial. Además, creía que cualquiera con un poco de tiempo y dedicación, podía tener una colección como la suya. Esto provocó un parón de unos cuantos años.

Durante este tiempo, O'Remorse dedicó a acudir a los cementerios por las mañanas y a las urgencias de los hospitales por las noches. De vez en cuando, para romper la rutina, acudía a algún incendio o catástrofe puntual. Todo esto fue muy criticado por los círculos sociales artísticos neoyorquinos. Pero es que, lo que O'Remor sostenía, sobre todo para sí mismo, era que una sonrisa, en un momento de tragedia, evita que se rompan fibras emocionales profundas. Aclarar que lo que a él le fascinaban eran las sonrisas y no las risas.

En 1984, volvió a coger la cámara bajo la siguiente premisa: "Todos podemos sonreír, pero no todos somos iguales". Comenzó a fotografiar a famosos. Le duró una semana. Se dio cuenta que las revistas de los kioscos tenían muchas fotos como esas y se llamó estúpido por haber lanzado tan vulgar premisa. Entonces, lanzó una segunda: "Todos podemos sonreír, pero hay personas a las que les cuesta más". Con el ánimo renovado, comenzó a fotografiar a personas sin hogar, payasos sin disfraz, soldados de guardia, personas con discapacidad... y toda clase de estereotipo que se le pasase por la cabeza. Pero se dio cuenta de que no era una cuestión tanto de personas, sino de matices. Entonces lanzó una tercera premisa: "Todos podemos sonreír, pero hay momentos en que no lo hacemos, porque no nos nace o nos lo prohibimos".

Unos meses antes de que Irak invadiera Kuwait, cuando la situación allí ya era conflictiva, O'Remor decidió marcharse allí e instalarse a vivir un tiempo. Quería saber cómo era la sonrisa de alguien que vivía en una tragedia constante. Sin duda, su fascinación debió colmarle, sino no se explica lo ocurrido. Y es que, estando realizando una serie de fotografías, de pronto ocurrió un bombardeo. El no salió corriendo, sino todo lo contrario. De pronto a lo lejos, vio a una niña. Se

acercó a ella, le dio una muñeca que tenía en la mochila y comenzó a fotografiarla. Tras el bombardeo había comenzado un fuego cruzado, con tan mala suerte que una de las balas le alcanzó en el corazón. Él murió en el acto. La niña, soltó la muñeca y cogió la cámara de fotos.

Tras su muerte, toda su obra se expuso por primera vez. La galería Leo Castelli acogió la "Smile's Collection", entre las que se encontraba la foto que había realizado la niña kuwaití. La única en la que aparecía retratado Albert O'Remor, también conocido como "El Coleccionista de Sonrisas".

Mi trabajo con discapacidad ha sido, sobre todo, en el ámbito del ocio y el tiempo libre. Esta labor se hacía principalmente en la calle, implicaba coger autobuses, metros, ir a bares, cines... haciendo inevitable la interrelación con otra gente. Y si nuestro trabajo suele darnos a conocer miles de anécdotas curiosas y graciosas, mi experiencia en este contexto comentado me dio para vivir muchas en primera persona. Algunas, además, me enseñaban cosas interesantes. Pero no voy a contaros ninguna mía, sino que pondré como ejemplo la siguiente historia que le pasó a Charlotte Weschler (publicada en el libro "Pequeños Milagros", de YittaHalberstam y Judith Leventhal):

*Aquel año el invierno se extendió hasta fines de abril. Como vivía sola y era ciega, tendía a permanecer en casa gran parte del tiempo. Por fin, un día el frío desapareció y entró la primavera, llenando el aire con una fragancia penetrante y alegre.*

*Por la ventana de atrás, un pájaro piaba con persistencia, invitándola a salir. Consciente de lo caprichoso que es abril, se aferró a su abrigo de invierno pero, como una concesión al cambio de temperatura, dejó la bufanda de lana, el sombrero y los guantes.*

*Tomando su bastón guía salió alegremente al pórtico que lleva a la calle. Levantó la cara hacia el sol, dándole una sonrisa de bienvenida y agradecimiento por su calidez.*

*Mientras caminaba por la calle donde vivía, su vecino le saludó con un "hola" musical y preguntó si deseaba que la acompañara a alguna parte.*

*"No, gracias -respondió- mis piernas han estado descansando todo el invierno y necesitan ejercicio desesperadamente, así que iré caminando".*

*Al llegar a la esquina esperó, como acostumbraba, a que*



“Cada día nos esforzamos por hacer nuestro trabajo con buena energía, con una sonrisa, con cariño. Nos recordamos a nosotros mismos esa parte vocacional, pasional. Cada día, buscamos conseguir los objetivos que nos planteamos. Pero, en ocasiones, las fuerzas flaquean y uno se puede llegar a lanzar una pregunta: ‘¿realmente merece la pena?’”

*alguna persona le ayudara a cruzar la calle cuando el semáforo estuviera en verde. El sonido del tráfico le pareció un poco más largo que de costumbre, y nadie se ofrecía a ayudarla. Así que se quedó allí pacientemente y comenzó a canturrear una melodía que recordaba de cuando era niña, que daba la bienvenida a la primavera.*

*De repente, una voz masculina, fuerte y bien modulada, le habló: "¡Parece usted una persona muy alegre!", dijo. "¿Me concedería el honor de dejarme acompañarla al otro lado de la calle?". Ella entonces se sonrojó y solo acertó a bajar un poco la cabeza y musitar un "sí" apenas audible.*

*Con amabilidad el rodeó su brazo con el de ella y bajaron la acera. Mientras caminaban lentamente, habló del tema más obvio -el clima- y qué bueno era estar vivo en un día como aquel.*

*Caminaban al mismo paso y era difícil saber quién conducía a quién. Apenas habían llegado al otro lado cuando una y otra vez comenzaron a escucharse los impacientes pitidos de los coches porque seguramente se había cambiado el semáforo.*

*Dieron algunos pasos más para alejarse de la esquina. Ella se volvió hacia él para agradecer su ayuda y compañía. Pero antes de que hubiera pronunciado una palabra, él habló: “He de confesarle una cosa. Me ha sido muy grato que alguien tan alegre como usted haya ayudado a un ciego como yo, a cruzar la calle”.*

Para acabar, quisiera comentar un aspecto que considero suele estar muy presente en nuestra labor. Cada día nos esforzamos por hacer nuestro trabajo con buena energía, con una sonrisa, con cariño. Nos recordamos a nosotros mismos esa parte vocacional, pasional. Cada día, buscamos conseguir los objetivos que

nos planteamos. Pero, en ocasiones, las fuerzas flaquean y uno se puede llegar a lanzar una pregunta (a veces también la escuchamos de otros): “¿realmente merece la pena?”. Para contestarme, yo siempre recuerdo la historia de “El Lanzador de Estrellas” (de Loren Eiseley):

*Un viejo pescador, se encontraba caminando al amanecer por la playa, como cada mañana tras haber realizado su tarea. De pronto, vio a lo lejos una figura que parecía estar realizando una danza, un baile. Sonrió para sí mismo pensando que alguien podría estar bailándole al amanecer, pero le llamó tanto la atención los gestos que hacía que decidió ir a comprobar qué y quién era exactamente.*

*Cuando consiguió estar cerca si dio cuenta que era un chico joven, que se agachaba en la arena para recoger estrellas de mar y estiraba su brazo para lanzarlas al agua. Intrigado, alzó la voz pidiéndole que le explicase por qué lo estaba haciendo. Entonces el chico le explicó que estaba lanzando estrellas de mar de nuevo al agua porque la marea estaba bajando y si no las devolvía al agua, morirían.*

*El pescador seguía intrigado y le comentó que consideraba aquella una tarea muy ardua puesto que había kilómetros y kilómetros de playas como aquellas, muchas estrellas a las que salvar y que no podría salvarlas a todas. Finalmente le pregunto que si realmente merecía la pena.*

*Acto seguido, el chico joven, recogió una estrella de mar de la arena y justo cuando la iba a lanzar al agua le contesto: “Para esta, si mereció la pena”.*

*Cuenta que, a la mañana siguiente, eran dos los lanzadores de estrellas.*

